

aristotélica del conocimiento. Por ello, “Sueño” (título original del célebre poema) describe una suerte de *camino de perfección* laico, moderno, donde Dios es la Causa Primera, camino nocturno que realiza un cuerpo dormido y que llega a su fin cuando amanece, una “égloga al revés”, “una pastoril nocturna, algo poéticamente imposible y por eso mismo significativo” (245). Su significado: la razón por la que la religiosa es incluida en este libro, quiere distanciarse de una tradición neoplatónica que exalta –a través del género pastoril, por ejemplo, la belleza de lo externo–; “Sueño” por su parte trasluce una mirada prerromántica, un yo que no termina de brotar, anunciando, en opinión de González, al Yeats de “A vision” (246).

La capacidad del autor para establecer relaciones diacrónicas o, atrevámonos a decirlo, anacrónicas es envidiable, acabamos de verlo: de Sor Juana a William Butler Yeats, del México virreinal a la Irlanda del XIX y XX. Así puede permitirse cerrar el libro invocando tres momentos cumbres en el arte de improvisar como las vanguardias de las primeras décadas del siglo XX, las obras de James Joyce o la música de Charlie Parker. Para ello rememora sus tiempos de estudiante cuando las lecturas prescriptivas de los clásicos del XVII se entremezclaban con nuevas narraciones de lo que se llamaría el *Boom*. Amén del Severo Sarduy, claro, junto a Lacan y Barthes. Es asimismo envidiable la libertad con la que menciona incluso a Paul de Man y su útil herramienta conceptual de *insight*, en un contexto de estudios del Siglo de Oro; concepto clave, según el mismo autor, para las interpretaciones que antes nos ha brindado. Imposible ejecutar una glosa como la que desarrolla en el capítulo en torno a *El Carnero*, de Juan Rodríguez Freyle (capítulo 11) sin esa capacidad de *visión* de la que ya hace gala en *Mito y archivo* (2000). Sea bienvenida esta clase de lecturas críticas cargadas de intuiciones (“Una visión o instantánea que surge del contacto con el texto que su lectura provoca [...] ideas, tan solo ocurrencias” [17]). Intuiciones u ocurrencias que no por eso carecen, en absoluto, del rigor de la mejor *close reading* o de la más objetiva interpretación netamente filológica.

Daniel Santana Hernández
Universidad del País Vasco

TORRES MONREAL, Francisco, *Introducción a la poesía*. Madrid: Cátedra, 2019.

Pocas obras se han hecho eco de la necesidad de reflexionar en profundidad sobre la *ars poética*. Valdría señalar algunos hitos, como *Entre lo uno y lo diverso* (1985), de Claudio Guillén en lo que respecta a Literatura Comparada y ya en otros territorios, *El arco y la lira* de Octavio Paz (2015). Murcia no es solo huerta, sino en el caso de la poesía, jardín y vergel. En él han florecido curtidas voces a favor de la poesía. Desde que José María Pozuelo Yvancos escribiera su *Poéticas de poetas: teoría, crítica y poesía* allá por 2009, digna secuela de su renombrado *El lenguaje poético de la lírica* de 1979, no contábamos con novedades importantes. En la misma región, con este ensayo enjundioso, acude a suplir la laguna el catedrático Francisco Torres Monreal.

Sabemos de sus abundantes publicaciones sobre dramaturgia, autores franceses, traducciones e incluso estrenos teatrales. La pista de este interés por la poesía, se rastrea en sus traducciones de Baudelaire (*Escritos íntimos* en 1994 y *El Esplín de París*, en 2014), así como en: “Del ensayo a la poesía”, publicado en la revista *Almunia* (2003).

Nos encontramos ante un libro de madurez, compilado a lo largo de los años y macerado en lecturas pausadas, tejido de reflexión y poso, sesudo en el detalle y las referencias, magnánimo en la libertad que el tema exige. El discurso fluye como elegante corriente

de pensamiento, con un raciocinio estructurado, de raigambre clásica. Amable para el lector, anuncia de qué hablará y cuándo. Sirve de manual, de libro de cabecera, de deleitable conversación con un amigo.

Porque el asunto no es abarcable, tal vez, el título es antes un alarde de humildad que una descripción certera: lo que Torres Monreal nos presenta dista de ser una mera introducción. Así lo comprueban las más de 300 páginas, con una organización de contenidos frondosa y mención a autores de un arco temporal milenario y un alcance geográfico global. La estructura de la obra parte de unos “Avisos iniciales”, en la tradición de los proemios, y que recuerda a la *Carta a un joven poeta* de Rilke, con el aroma epistolar del *Werther* de Goethe. Con pluma aguerrida, se debate ante los tópicos manidos: si el poeta nace o se hace. Con lucidez diáfana, sienta cátedra y dicta sentencia con opiniones bien jalonadas. Se trata de un texto crítico, personal, que conduce de la mano amistosamente por la historia de la literatura, con anécdotas refrescantes y fragmentos escogidos que actúan como gancho para el lector. Hay didactismo, pero no rancio, sino apasionado y experimental, fruto de décadas de trayectoria.

Titula la primera parte “Recorridos”. En efecto, el ensayo discurre con citas al inicio, que inspiran, nutren y refrendan. El primer capítulo ahonda en la importancia de los sentidos como percepción y su relación con el sentir y el pensar. Enseguida lo asocia con la búsqueda de la belleza y el sentir estético. Desde la filosofía, aborda como factores de la percepción al sujeto, el objeto y la situación. Son punto de partida para realzar la importancia del contexto en la comprensión de una obra poética. Esta idea constituye uno de los pilares: a ella regresará en diversos momentos. Reconoce en la poesía confesión y sacralidad, pasa por su textura gráfica y su relación con otras artes (*ut pictura poesis*). El primer capítulo es una seducción, un despertar las sensibilidades y deshacer creencias limitantes (“la poesía es difícil o para unos pocos”), que han poblado nuestras aulas y calles. Lo que la poesía tiene de inteligible, precisamente, penetra por los sentidos y no por la razón. Este es el convite y el método de Torres Monreal: de la belleza al placer, de ahí al interés, al conocer, al amar.

También con la música traza similitudes. De especial brillo, resalto el capítulo 3.1 “Nombrar las cosas, seleccionarlas, combinarlas”. Es encomiable la manera en que simplifica el proceso creador para hacerlo comprensible a una amplia masa. Y ese es otro valor: su discurso no es elitista o solo para filólogos, sino llano y cercano, en su cultura. De la percepción al sentimiento, y de ahí a la relación de este con la razón.

Nos adentramos en el segundo capítulo con fruición adolescente, despejada la aparente maleza inicial. Vencidas las aprensiones iniciales, el lector ya no ve la poesía como enemigo o ente abstruso, si alguna vez lo hizo, sino que encuentra templado su corazón. “El dialogo con las cosas. Asociaciones” es el título del segundo capítulo. En él, nos acerca al pathos, la empatía y la simpatía, y de ahí a la amistad y hermandad. Como hiciera en el primer capítulo, el avance gradual resulta convincente y ligero, sin frialdades ni rupturas. Se extiende sobre la cualidad de la imaginación poética, dirimiendo cómo lo exterior se introduce en nuestra intimidad y cómo interpretamos. El capítulo 6, mediante las asociaciones superrealistas nos explica la relación entre poesía y sueño, con sentencias clave como que “el contexto especifica y limita la significación”. En efecto, el poema constituye, en sí, un sistema. El poeta sabe de esas fronteras y sus consecuencias: un poemario es, bajo esta concepción, un intrasistema de referencias, (de intrarreferencias, si se me apura, pues cada autor cuenta con un imaginario connotativo y experiencial personal).

Torres Monreal incluye la apología del desertor como héroe y hasta la reivindicación de tinte político de ciertas gestas: “Alguien ha dicho que, en momentos sangrientos, el poeta debe aparcarse la poesía y poner el hombro donde haga falta. Yo pienso, no obstante, que el poeta no tiene que abandonar la poesía, al contrario, debe poner su sensibilidad al servicio del mundo”. Son bienvenidas sus sinceridades y su estilo claro, aun en la duda: “Escribo lo que antecede y me pregunto si no me estoy desviando del camino de la poesía, que es el tema de estas páginas, y con ello desviándolos a los lectores. Reflexiono y concluyo que me parece oportuna esta divagación [...]. Creo que en la historia moderna...”. Con esa jovialidad, aproxima y convence, huye de ampulosidades, legitima la duda y la digresión oportuna como partes de la construcción del pensamiento. Tampoco habla desde el trono del plural mayestático: la mayoría de sus opiniones van en primera persona, lo que no merece la calidad de las aseveraciones, sino que las dota de un tono de diario trabajado, de científico meticuloso. Nuestra intuición se confirmará en la p.170, cuando reconoce cuánto le marcó *El joven observador*.

Se declara antipositivista y contra el realismo (“La actitud realista [...], me horroza”, p.106). Continúa: “En ocasiones, quizá sea suficiente percibir su belleza. Sin razonamientos”, (pp.106-107). Se carga de lirismo en frases como “Procuraré que mi glosa la roce lo menos posible” (p.108). Late ahí la incandescencia de esa “mano de nieve” que sabe que la “rosa” es intocable. Crítica que los programas docentes hayan dejado de lado el arte contemporáneo. O rescata voces antiesclavistas como la del olvidado Aimé Césaire (110). Hacia lo inmaterial y simbólico, el capítulo tercero se adentra en la mística desde el mito y en la poesía simbolista deteniéndose en Verlaine, Mallarmé y Rimbaud, y en idioma hispano, en Rubén Darío y Juan Ramón Jiménez. Como ejemplo y excusa toma la manzana, que a modo de magdalena proustiana va sirviendo de *leit motiv* e hilo de la explicación. Alcanza en estas páginas otro de los ejes que se ha ido pergeñando en las alusiones previas a la espiritualidad: la poesía mística. Su concepción de lo sacro va de la visión cristiana de San Juan de la Cruz a la “sin Dios”, de Blake, hasta decantarse hacia la contemplación de los cuerpos celestes, porque la *inve convivium* se convierte en otras voces en unión cósmica.

Se abre a continuación la Segunda Parte, con el cap. 4 sobre los tópicos de la poesía (libertad, amor, tiempo): épica, erotismo y memoria. Otros tópicos como el *ubi sunt*, y el *carpe diem*, (ante *Collige, virgo, rosas*) son abordados. Las estaciones de la naturaleza valen su propio epígrafe, por la receptividad de muchos poetas a los cambios atmosféricos. Cierra con la oposición entre Naturaleza y Ciudad.

El capítulo 5 se dedica a la relación entre poesía y música: desde los lied, corales o réquiems a los cantautores. Solo en el capítulo 6 entrará de lleno en la escritura y la lectura del poema: la oposición complementaria, (como en la música), entre silencio y palabra. La poesía frente a la prosa, y las formas (ritmos) de los poemas, son objeto de estudio denodado, antes de pasar a analizar en concreto el acto de la lectura del poema. Lector sagaz y profesor dedicado, sus observaciones conducen con claridad, pasión y cientifismo.

Todos los temas son abordados de manera orgánica, vivaz, exhaustiva. El epílogo nos deja con una pregunta, un llamado a leer poéticamente el mundo, un renacer de la sensibilidad hoy por hoy, más que necesario.

Alicia Silvestre Miralles
Universidad de Zaragoza.